

Luci



Cristina Peñaranda

Copyright © 2020 Cristina Peñaranda

Todos los derechos reservados.

Cuando las paredes, techo, y suelo del bar empezaron a dar vueltas supe que era hora de irme a casa. Me marché sin despedirme de mis amigas, estaba mareada y no quería hacer el ridículo vomitando delante del grupo de chicos que acabábamos de conocer. Tropecé varias veces en el camino de salida. Llevaba los zapatos de tacón más bonitos, estilosos, y caros que tenía. Jamás admitiría lo que pagué por ellos, pero cuando los llevaba, me hacían unas piernas y culo de otro planeta. Eran tan altos que era difícil andar con ellos incluso sobria.

Mi apartamento no quedaba lejos, pero me di cuenta de que estaba demasiado borracha para llegar sin tropezarme y caerme de boca por el camino. No podía permitirme pedir un Uber para una distancia tan corta, por lo que decidí quitarme los zapatos y disfrutar del frío cemento bajo mis pies.

Caminé por las oscuras calles sin una sola preocupación. No tenía miedo. Quizá fuera coraje líquido, o quizá el hecho de que estaba convencida de que era imposible que me pasaran más cosas malas ese mes. Encontrarme un baboso no podía ser peor que la muerte de mi pez, el recorte de jornada laboral o la venta espontánea del piso que alquilaba con la consecuente mudanza obligatoria a ese vecindario de mierda. Sí, todo en el mismo mes.

Cuando abrí la puerta noté que se me mojaban los pies. Miré hacia abajo horrorizada y me espabilé de inmediato cuando comprendí lo que estaba pasando. La lavadora había estado perdiendo agua durante horas, inundando todo el apartamento. Me había convertido en la orgullosa propietaria de una piscina tamaño loft.

Cada gramo de mi ser me pedía bajarme del mundo, hacerme una bola en el suelo, y llorar por el resto de mi vida. Pero eso no iba a servir de nada, tenía que solucionar la situación. Tiré los zapatos hacia el sofá y cayeron al suelo, calándose al momento; acababa de arruinarlos. ¡Bien por mí! Lo añadí mentalmente a mi lista de cosas que lamentar. La lista estaba tan llena que empezaba a tener que escribir en los márgenes.

Di saltitos por el apartamento, intentando mantenerme lo más seca posible, hasta que encontré la llave del agua y la cerré. Ahora que no había más agua para seguir

llenando la piscina, tenía que des-inundar la casa. Agarré la fregona y unos trapos, y absorbí el desastre. Tiré cubos llenos de problemas por el desagüe hasta que los brazos dijeron basta. ¿Quién sabía que se tardaba tanto tiempo en secar un sitio tan pequeño? Yo no, desde luego.

Con las manos en jarra sobre las caderas, y calada de arriba abajo, miré alrededor y sonreí orgullosa de mi misma. Había solucionado el desastre yo sola. Un año atrás habría recurrido a mi prometido. Pero no ahora, ahora era una super-heroína. Al final, el hecho de que me dejara de un día para otro iba a ser una bendición y todo.

Solo quedaba llamar un fontanero para que arreglara lo que fuera que estaba roto de la lavadora. Pero no podía hacerlo a las 3AM de un viernes por la noche. Estaba tan feliz de haber terminado por el momento que fui bailando hasta la habitación. Empecé a desvestirme al ritmo de la canción que tarareaba, parando para mover el cuerpo y agitar la cabeza. Hasta que pisé un cacho de baldosa que había quedado mojado, me resbalé, y me caí golpeándome fuertemente contra el suelo.

— ¿Enserio?— Grité bien alto, fruto de la frustración.

No sabía a quien culpar. Era una escéptica de la vida, no creía en Dios, y culpar al universo me sonaba a cliché de comedia romántica. Había estado teniendo tanta mala suerte, que si había alguien detrás de los sucesos de mi vida, debía de ser el demonio.

— Esto es culpa del demonio, seguro.— Me reí. Sería el alcohol, pero pensé que la idea era tan graciosa que casi me muero de la risa.

— ¡Oye Lucifer! Puedo llamarte Luci, ¿verdad? Me lo imaginaba. Has estado tocándome tanto las narices que qué mínimo que llamarte por el diminutivo.

Lo dije en alto, riéndome entre las palabras. Confirmando las sospechas de mis vecinos de que estaba loca. Pero me daba igual, me lo estaba pasando pipa hablando con mi nuevo amigo imaginario.

— Bueno, Lulu, creo que es hora de que pares. Ya he tenido suficiente. Deja mi vida en paz y cómprate la tuya propia. Vamos a hacer un trato rápido ¿vale?— Hablaba

tumbada boca arriba sobre la cama, con una sonrisa de oreja a oreja, divertidísima con la conversación que mantenía en mi cabeza con el demonio en persona.

— Tú para y deja que me empiecen a pasar cosas buenas y yo te prometo... Umm... Te prometo que... ¡ya se! Te concederé un deseo. Lo que quieras. Si decides que quieres que me case contigo, me mude al inframundo, y tengamos bebés con cuernitos y cola, que así sea.

Me quedé dormida con una sonrisa en mi cara. ¡Que ingeniosa era!

Me levanté todavía medio vestida y con una resaca horrible. Al menos no había vomitado por toda la casa como *aquella vez*. ¿Sería eso una señal de que el demonio había aceptado mi oferta? Casi me atraganto de la risa al pensarlo. Tenía que ponerme en marcha si quería arreglar la lavadora. Corrí a Google y contacté al primer fontanero disponible. Iba a ser tan caro que podía oír mi cuenta bancaria temblando.

Cuando abrí la puerta al manitas casi me caigo de culo. Tenía la estructura física de un dios griego y no había nadie sobre el planeta tierra más guapo que él. Como cualquiera en mi situación haría, me escondí en mi habitación. Miré a escondidas de vez en cuando para verle trabajar y deseé estar en una de esas películas en las que no usan dinero para pagar.

Anunció que había terminado y le di lo que le debía. Todo sin mirarle a la cara, no era capaz, me daba mucha vergüenza. Esa misma tarde puse varias cargas de ropa sucia, esperando encontrar una razón para hacerle volver, pero nada. Funcionaba como si fuera nueva. ¡Mierda! No podía permitirme romper algo a propósito para que volviera. Adiós al hombre de mis sueños.

Soñé con él durante un par de días y seguí con mi vida. Cuando tocas fondo el único camino es hacia arriba; dirección en la que empezó a ir mi vida. Después del bache en el que parecía haberme quedado a vivir los últimos meses, empecé a apreciar las cosas

buenas que comenzaron a aparecer en las siguientes semanas. ¡Hasta conseguí un pez nuevo!

Estaba fregando los platos una noche después del trabajo cuando oí un único golpe fuerte en mi puerta. Me asustó. Era demasiado tarde para que fuera un vecino que necesitaba sal. No tenía mirilla, por lo que decidí ignorarlo. Quien fuera que estuviera al otro lado no aceptó el silencio como respuesta y siguió llamando. Cogí un cuchillo sucio del fregadero y abrí la puerta.

Era el fontanero sonriendo de oreja a oreja.

— Umm... Por favor dime que estas aquí porque te has olvidado una herramienta o algo.— Preparé el cuchillo por si confesaba estar acosándome.

— Nop.— Contestó con un tono espeluznantemente alegre.— Hiciste una promesa. Estoy aquí para asegurarme de que la cumples.